

Versión Imagen

OSWALDO BARRETO

extra muros

¿EN QUE MUNDO VIVIMOS?

Para recordar la consternación y el temor que estremecieron a todas las Rusias el día de la muerte de Lenin, Vladimir Maiakovsky escribió:

Este año

ha conocido

lo que no conocerán cien años

Este día

entrará

en la luctuosa leyenda de los siglos

Versos que ya entonces pudieron ser leídos como premoniciones, hoy parecieran cabalmente adecuados para hablar de los días y el año que vivimos, no como espectadores de la debacle de un mundo ajeno, sino como seres a quienes afecta esta reestructuración del orden internacional que ha ya comenzado y a quienes no puede dejar de atermorizar la idea de que los poderosos se repartan el mundo a espaldas de su conocimiento e intereses.

Bastaría con leer los textos que aquí publicamos bajo la rúbrica general de **SITUACIONES** para tener la evidencia de que cuanto sucede en el mundo socialista atañe, como acertadamente lo dice Colletti, a la capacidad de la especie humana de elaborar conscientemente su propia historia. Bastaría, por otra parte, analizar cuidadosamente lo que nos descubre a cada hora los medios de comunicación soviéticos para pensar que los mejores sueños, ingentes recursos, sacrificios humanos descomunales, pudieron mezclarse con tan oscuros y perversos designios que terminaron por producir un

mundo caótico, amenazado, incluso, en su supervivencia. Es como si, mezclando el oro, la plata, el famoso mercurio y otros nobles elementos termináramos produciendo una especie jamás vista de lodo.

Y la aparición de otras abominables criaturas se asoma ya en el horizonte: exacerbados nacionalismos, guerras religiosas o inter-étnicas, hambrunas en los sitios mismos que tomábamos por los graneros del mundo. Y esos desgarramientos, fracasos evidentes de grandes proyectos humanísticos, no son los únicos fantasmas que nos acechan. También, como dijimos, está presente la posibilidad de un nuevo reparto del mundo, que en las actuales condiciones de desigualdad que vive en el planeta, no puede ser otro que la realización de “una verdadera dicotomía del género humano que se traduciría en grupos superiores y grupos inferiores, en dueños y en esclavos, en superhombres y en homínidos”.¹

Es cierto, desde que existen potencias industriales, el reparto entre ellas de los mundos atrasados o subdesarrollados (sociedades con recursos naturales, potenciales mercados) ha sido su asunto. Y es también cierto que cuando esos repartos han ocurrido,- gracias a tratados, conferencias o por el mero entendimiento diplomático-, los pueblos, objeto de los mismos, no han participado para nada en ellos. Hay, no obstante, algo distinto en la nueva situación que vivimos. Ya

¹ Cf. *Aprender a ser*. Informe de la UNESCO sobre la educación en el futuro, publicado en 1973. Citamos la edición española, Madrid, UNESCO /A.U. 1978, p. 27.

no sería la ambición imperialista o hegemónica de ningún país en particular, sino la necesidad de organizar las relaciones económicas, políticas y culturales entre las sociedades mediante una racionalidad basada en la ciencia y en la técnica, la que impulsaría al establecimiento de este nuevo orden internacional.

Nada nuevo, tampoco, en tales designios. Cincuenta años atrás, en plena guerra mundial, un profesor de filosofía norteamericano, militante trotskista en su primera juventud, creyó descubrir las características de la nueva era que se avecinaba, **la era de los organizadores**. Se trata, evidentemente, de James Burnham y de su libro **The Managerial Revolution** (Nueva York, 1941), libro de cabecera de todos los **managers** y tecnócratas del mundo occidental. Allí presenta, sin ambage alguno, su diagnóstico. Por su transparencia y por lo que de él podríamos aprender, vale la pena señalar algunas de sus afirmaciones: "La experiencia ha demostrado que la coexistencia de gran número de naciones soberanas (...) es incompatible con las necesidades económicas y sociales contemporáneas² "Los hombres tendrán que alinearse detrás de uno u otro de los grandes Super-Estados del mañana; no habrá lugar para las pequeñas naciones pseudosoberanas, ni los pueblos atrasados podrán resistir al poderío de las zonas metropolitanas. Claro está que **podrán mantenerse ficciones amables de independencia con fines de propaganda, pero no estamos hablando de la soberanía**

² Cf. James Burnham: **La Revolución de los directores**. Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1967, p. 228.

nominal, sino de la real”³. Y bien concretamente, adelantándose con medio siglo a muchas visiones metropolitanas (y, desafortunadamente, no solo metropolitanas de lo que será el futuro de nuestras sociedades, escribió: “En la América Latina, la situación es análoga: inhabilitadas para conservarse dueñas de si mismas en el mundo futuro, las naciones de esa América oscilan de un mundo para el otro. Con Gran Bretaña en liquidación, antes la nación más influyente en América Latina, la única alternativa realista que enfrentan es la subordinación a los Estados Unidos o al nuevo centro europeo. Su decisión sobre el particular no reviste mayor importancia, pues la cuestión será decidida por el poder relativo de ambos”⁴

Podría pensarse, filistínicamente, que no vale la pena exhumar un libro que contiene tan deprimentes “prospectivas”, cuando nos estamos preguntando en qué mundo vivimos. Pero son los hechos que ocurren en la Europa llamada hasta ayer socialista, así como las reflexiones a que han dado lugar estos hechos (si no las **decisiones**), lo que ha exhumado al viejo Burnham y sus teorías sobre la era organizacional y el fin de las pseudo soberanías.

Por un lado, en efecto, el giro radical que están dando Estado y sociedad soviéticos, abre la posibilidad, o bien de una super-Europa, o bien de una Super Alemania, y libera a los Estados Unidos de muchas

³ Ob.cit. p. 239, subrayado nuestro, o.b.

⁴ Ibid.

trabas militares, diplomáticas y financieras, de manera que pueda ocuparse cómodamente de su **patio trasero**: las sociedades latinoamericanas. Y, por otro lado, ya se puede barruntar cuál será el tipo de cuidado que nos dispensarán los norteamericanos. El solo artículo de Galbraith, publicado aquí en **SITUACIONES** nos impedirá cerrar los ojos. Pero hay más y más claramente amenazador. En la edición de **Nesweek** del 26 de febrero de este año, consagrado en buena parte a la **Alemania unida, Nueva Superpotencia**, nos informan sobre la nueva voluntad de Alemania de ocuparse en dirigir los asuntos de este mundo. "**We want to lead**", clamaba, en efecto, un alto asesor de Helmut Kohl, y daba, a continuación, algunas indicaciones sobre lo que podrían ser las consecuencias de este nuevo liderazgo mundial: "Quizás dentro de algún tiempo -declaraba-, los Estados Unidos tomarán a su cargo lugares tales como Centro América, y nosotros nos ocuparemos de Europa del Este".⁵

Es, justamente, la posibilidad de que los Estados Unidos y otras nuevas potencias se ocupen (**take care of**, como escriben en **Nesweek**) de nosotros, lo que nos ha llevado a preguntarnos si de verdad sabemos en qué mundo vivimos.

Los Estados Unidos nunca han pretendido ocuparse de América Latina, sino en la medida en que se ocupaban de sus propios asuntos.

⁵ Loc. cit., p. 6.

Somos para ellos sociedades soberanas, Estados-naciones con libertad y autonomía para ventilar nuestros intereses, hasta tanto no colidamos con los intereses nacionales norteamericanos. No hay ninguna razón, en consecuencia, para temer que nuestra economía, nuestras relaciones sociales internas y externas, nuestra cultura, pueda verse interferida por la política exterior de la única gran potencia que por ahora existe. No es, en efecto, el capitalismo norteamericano y su avasallante poder militar los que pretenden dirigir nuestras sociedades. Son el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo, la Banca Mundial, esas organizaciones sin patria y sin bandera precisas, pero absolutamente bajo el control de los Estados Unidos y de los países de gran capitalismo (la OCDE, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico: toda la Europa industrializada, EE. Canadá y, en alguna medida Japón), las que se empeñan en asumirnos como sociedades que requieren ser tuteladas, enseñadas, conducidas.

Para estos organismos, genuinos productos del delirio organizacional de Burnham -que es el mismo delirio de lo que se ha etiquetado como "neo-liberalismo"-, el continente latinoamericano y el Caribe están conformados por verdaderas sociedades menores, a las que sólo compete obedecer pacientemente la voz de las sociedades mayores. Y así, como resulta, en definitiva, ridícula toda pretensión del menor de burlarse de la naturaleza asumiendo actitudes de adulto, así resulta, para esos centros de la economía y las finanzas ridículo, o, cuando menos, irrelevante, cualquiera de las nuestras.

“El Fondo Monetario Internacional -declaraba recientemente un analista altamente calificado⁶- se ha negado siempre a admitir la posibilidad de que su modelo y el enfoque económico subyacente puedan estar errados (...) La validez del modelo nunca es cuestionada, sino que se atribuye el fracaso a la mala administración por parte de los gobiernos de los países en desarrollo. El F.M.I. cree que esos gobiernos tienden a desviarse de la aplicación consistente y sostenida porque no logran resistir a sus presiones”. En otras palabras: qué los miembros de una determinada sociedad resistan a pasar hambre en forma consistente y sostenida, mientras producen bienes de toda suerte, en forma consistente y sostenida, para exportar, a fin de enriquecer de idem manera a los ya ricos de su propia sociedad y a todos los ricos del mundo; todo eso no es otra cosa que inmadurez e infantilismo.

Esta concepción paternalista de las relaciones entre los países industrializados y los que no lo son no es, sin embargo, lo más aberrante de la situación actual, ni su signo distintivo. La especificidad del mundo en que vivimos es otra: consiste en el papel que están jugando los gobiernos y las élites dirigentes de casi todos los países de la América subdesarrollada.

⁶ Comentarios a un trabajo del Dr. Richard L. Bernal, presentado en el seno de la Comisión del Sur, en Nueva Delhi, a fines de 1989, publicados en El Universal, 7 de febrero de este año.

Lo que hay de común en la acción de estos gobiernos y élites dirigentes son dos rasgos fundamentales: por un lado, el empeño que ponen en convencer a sus respectivas sociedades de que la única política posible, la única que nos permite sobrevivir es la que dicta la Banca Internacional y gobernar, en consecuencia, de acuerdo con semejante política; por el otro lado, enfrentar separadamente, nación por nación, la política común que presentan los dueños del capital, de la ciencia y de la técnica. Gobernantes y élites no representan a sus respectivas sociedades ante los organismos internacionales que nos avasallan, sino, a la inversa, representan a estos organismos frente a cada una de nuestras sociedades.

De lo primero, da testimonio el respaldo que los gobiernos y las élites dirigentes de México, Brasil, Argentina y Venezuela -para no mencionar sino a los principales deudores del continente- han ofrecido a cada uno de los planes del Fondo Monetario Internacional y otros organismos de la Banca Mundial. De lo segundo, el fracaso de todas las tentativas en adelantar una política común, una política continental, latinoamericana y del Caribe, frente a las dificultades comunes. Lo único que hay de nacional en nuestras políticas nacionales es el nombre con que se bautiza en cada país la política del F.M.I. y las justificaciones que cada gobierno da de los fracasos en el camino de la integración o, cuando menos, de una política común.

Como ejemplo -y a guisa de conclusión- veamos lo en nuestra propia casa sucede: aquí se adelanta la política del F.M.I. como una **ACCION RENOVADORA PARA RECONVERTIR LA ECONOMIA**. El Ministro de Fomento habla frecuentemente de **RECONVERSION**

INDUSTRIAL y cuando fue invitado por la "Asociación Venezolana de Ejecutivos" para que expusiera sus programas, apenas si pudo afirmar, respecto a su reconversión, "Si bien no hemos sabido explicar en qué consiste el proceso, éste ha resultado muy interesante"⁷. Pero fue enfático respecto a su voluntad de perseverar en una política que hasta él mismo desconoce "Señores, el programa se mantendrá. Seríamos masoquistas si, después de tantos costos en que hemos incurrido, se diera marcha atrás. El programa económico es irreversible". Maravillosa convicción de que todo se mantendrá, así no sepamos en qué consiste ese todo.

Maravilloso, igualmente, que en cada discurso del presidente, en cada viaje a cualquier capital de América, hable enfáticamente de la necesidad de integración, pero no ha habido hasta ahora una sola respuesta común ante los acreedores, un solo paso real hacia esa integración tan pregonada.

Estas son las coordenadas del mundo en que vivimos: harto poder y claridad frente a nosotros, pusilanimidad y confusión en el seno de nosotros.

⁷ Véase "El Universal", edición del 22 de febrero, segundo cuerpo.

Versión Texto

OSWALDO BARRETO
¿En qué mundo vivimos?

Para recordar la consternación y el temor que estremecieron a todas las Rusias el día de la muerte de Lenin, Vladimir Maia-kovsky escribió:

Este año

ha conocido

lo que no conocerán cien años

Este día

entrara

en la luctuosa leyenda de los siglos

Versos que ya entonces pudieron ser leídos como premoniciones, hoy parecieran cabalmente adecuados para hablar de los días y el año que vivimos, no como espectadores de la debacle de un mundo ajeno, sino como seres a quienes afecta esta reestructuración del orden internacional que ha ya comenzado y a quienes no puede dejar de atemorizar la idea de que los poderosos se repartan el mundo a espaldas de su conocimiento e intereses.

Bastaría con leer los textos que aquí publicamos bajo la rúbrica general de **SITUACIONES** para tener la evidencia de que, cuanto sucede en el mundo socialista atañe, como acertadamente lo dice Colletti, a la capacidad de la especie humana de elaborar conscientemente su propia historia. Bastaría, por otra parte, analizar cuidadosamente lo que nos descubre a cada hora los medios de comunicación soviéticos para pensar que los mejores sueños, ingentes recursos, sacrificios humanos descomunales, pudieron mezclarse con tan oscuros y perversos designios que terminaron por producir un mundo caótico, amenazado, incluso, en su supervivencia. Es como si, mezclando el oro, la plata, el famoso mercurio y otros nobles elementos, termináramos produciendo una especie jamás vista de lodo.

Y la aparición de otras abominables criaturas se asoma ya en el horizonte: exacerbados nacionalismos, guerras religiosas o inter-étnicas, hambrunas en los sitios mismos que tomábamos

por los graneros del mundo. Y esos desgarramientos, fracasos evidentes de grandes proyectos humanísticos, no son los únicos fantasmas que nos acechan. También, como dijimos, está presente la posibilidad de un nuevo reparto del mundo, que en las actuales, condiciones de desigualdad que vive en el planeta, no puede ser otro que la realización de “una verdadera dicotomía del género humano que se traduciría en grupos, superiores y grupos inferiores, en dueños y en esclavos, en superbombres y en homínidos”¹.

Es cierto, desde que existen potencias industriales, el reparto entre ellas de los mundos atrasados o subsdesarrollados (sociedades con recursos naturales, potenciales mercados) ha sido, su asunto. Y es también cierto que cuando esos repartos han ocurrido, –gracias a tratados, conferencias o por el mero entendimiento diplomático–, los pueblos, objeto de los mismos, no han participado para nada en ellos. Hay, no obstante, algo distinto en la nueva situación–, que vivimos. Ya no sería la ambición imperialista o hegemónica de ningún país en particular, sino la necesidad de organizar las relaciones económicas políticas y culturales entre las sociedades mediante una racionalidad basada en la ciencia y en la técnica, la que impulsaría al establecimiento de este nuevo orden internacional.

Nada nuevo, tampoco, en tales designios. Cincuenta años atrás, en plena guerra mundial, un profesor de filosofía norteamericano, militante trotskista en su primera juventud creyó descubrir las características de la nueva era que se avecinaba, **la era de los organizadores**. Se trata, evidentemente, de James Burnham y de su libro **The Managerial Revolution** (Nueva York, 1941), libro de cabecera de todos los **managers** y tecnócratas del mundo occidental. Allí presenta, sin ambage alguno, su diagnóstico. Por su transparencia y por lo que de él podríamos aprender, vale la pena señalar algunas de sus afirmaciones:

¹ Cf. **Aprender a ser**. Informe de la UNESCO sobre la educación en el futuro, publicado en 1973. Citamos la edición española, Madrid, UNESCO / A.U., p.27.

“La experiencia ha demostrado que la coexistencia de gran número de naciones soberanas (...) es incompatible con las necesidades económicas, y sociales contemporáneas.”² “Los hombres tendrán que alinearse detrás de uno u otro de los grandes Super-Estados del mañana; no habrá lugar para las pequeñas naciones pseudo soberanas, ni los pueblos atrasados podrán resistir al poderío de las zonas metropolitanas. Claro está que **podrán mantenerse ficciones amables de independencia con fines de propaganda, pero no estamos hablando de la soberanía nominal, sino de la real**³“. Y bien, concretamente, adelantándose con siglo a muchas visiones metropolitanas (y desafortunadamente, no sólo metropolitanas de lo que será el futuro de nuestras sociedades, escribió: “En la América Latina, la situación es análoga: inhabilitadas para conservarse dueñas de sí mismas en el mundo futuro, las naciones de esa América oscilan de un mundo para el otro. Con Gran Bretaña en liquidación, antes la nación más influyente en América Latina, la única alternativa realista que enfrentan es la subordinación a los Estados Unidos o al nuevo centro europeo. **Su decisión sobre el particular no reviste mayor importancia, pues la cuestión será decidida por el poder relativo de ambos**”⁴.

Podría pensarse, filistínamente, que no vale la pena exhumar un libro que contiene tan deprimentes “prospectivas”, cuando nos estamos preguntando en qué mundo vivimos. Pero son los hechos que ocurren en la Europa llamada hasta ayer socialista, así como las reflexiones a que han dado lugar estos hechos (si no las decisiones), lo que ha exhumado al viejo Burnham y sus teorías sobre la era organizacional y el fin de las pseudo soberanías.

Por un lado, en efecto, el giro radical que están dando Estado y sociedad soviéticos, abre la posibilidad, o bien de una super-Europa, o bien de una Super Alemania, y libera a los Esta-

² C.f. James Burnham: **La Revolución de los directores**. Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1967, p. 228.

³ Ob. cit. p. 239, subrayado nuestro, o.b.

⁴ Ibid.

dos Unidos de muchas trabas militares, diplomáticas y financieras, de manera que pueda ocuparse cómodamente de su **patio trasero**: las sociedades latinoamericanas. Y, por otro lado, ya se puede barruntar cuál será el tipo de cuidado que nos dispensarán los norteamericanos. El solo artículo de Galbraith, publicado aquí en **SITUACIONES** nos impedirá cerrar los ojos. Pero hay más y más claramente amenazador. En la edición de **Nesweek** del 26 de febrero de este año, consagrado en buena parte a la **Alemania unida, Nueva Superpotencia**, nos informan sobre la nueva voluntad de Alemania de ocuparse en dirigir los asuntos de este mundo. “**We want to lead**”, clamaba, en efecto, un alto asesor de Helmut Kohl, y daba, a continuación, algunas indicaciones sobre lo que podrían ser las consecuencias de este nuevo liderazgo mundial: “Quizás dentro de algún tiempo –declaraba–, los Estados Unidos tomarán a su cargo lugares tales como Centro América, y nosotros nos ocuparemos de Europa del Este”⁵.

Es, justamente, la posibilidad de que los Estados Unidos y otras nuevas potencias se ocupen (**take care of**, como escriben en **Nesweek**) de nosotros, lo que nos ha llevado a preguntarnos si de verdad sabemos en qué mundo vivimos.

Los Estados Unidos nunca han pretendido ocuparse de América Latina, sino en la medida en que se ocupaban de sus propios asuntos.

Somos para ellos sociedades soberanas, Estados-naciones con libertad y autonomía para ventilar nuestros intereses, hasta tanto no colidamos con los intereses nacionales norteamericanos. No hay ninguna razón, en consecuencia, para temer que nuestra economía, nuestras relaciones sociales internas y externas, nuestra cultura, pueda verse interferida por la política exterior de la única gran potencia que por ahora existe. No es, en efecto, el capitalismo norteamericano y su avasallante poder militar los que pretenden dirigir nuestras sociedades. Son el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de

⁵ Loc. cit., p. 6.

Desarrollo, la Banca Mundial, esas organizaciones sin patria y sin bandera precisas, pero absolutamente bajo el control de los Estados Unidos y de los países de gran capitalismo (la OCDE, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico: toda la Europa industrializada, EE., Canadá y, en alguna medida Japón), las que se empeñan en asumirnos como sociedades que requieren ser tutoriadas, enseñadas, conducidas.

Para estos organismos, genuinos productos del delirio organizacional de Burnham —que es el mismo delirio de lo que se ha etiquetado como “neo-liberalismo”—, el continente latinoamericano y el Caribe están conformados por verdaderas sociedades menores, a las que sólo compete obedecer pacientemente la voz de las sociedades mayores. Y así, como resulta, en definitiva, ridícula toda pretensión del menor de burlarse de la naturaleza asumiendo actitudes de adulto, así resulta, para esos centros de la economía y las finanzas ridículo, o, cuando menos, **irrelevante**, cualquiera de las nuestras.

“El Fondo Monetario Internacional —declaraba recientemente un analista altamente calificado⁶— se ha negado siempre a admitir la posibilidad de que su modelo y el enfoque económico subyacente puedan estar errados (...) La validez del modelo nunca es cuestionada, sino que se atribuye el fracaso a la mala administración por parte de los gobiernos de los países en desarrollo. El F.M.I. cree que esos gobiernos tienden a desviarse de la aplicación consistente y sostenida porque no logran resistir a sus presiones”. En otras palabras: qué los miembros de una determinada sociedad resistan a pasar hambre en forma consistente y sostenida, mientras producen bienes de toda suerte, en forma consistente y sostenida, para exportar, a fin de enriquecer de ídem manera a los ya ricos de su propia sociedad y a todos los ricos del mundo, todo eso no es otra cosa que inmadurez e infantilismo.

⁶ Comentarios a un trabajo del Dr. Richard L. Bernal, presentado en el seno de la Comisión del Sur, en Nueva Delhi, a fines de 1989, publicados en El Universal, 7 de febrero de este año.

Esta concepción paternalista de las relaciones entre los países industrializados y los que no lo son no es, sin embargo, lo más aberrante de la situación actual, ni su signo distintivo. La especificidad del mundo en que vivimos es otra: consiste en el papel que están jugando los gobiernos y las élites dirigentes de casi todos los países de la América subdesarrollada.

Lo que hay de común en la acción de estos gobiernos y élites dirigentes son dos rasgos fundamentales: por un lado, el empeño, que ponen en convencer a sus respectivas sociedades de que la única política posible, la única que nos permite sobrevivir es la que dicta la Banca Internacional y gobernar, en consecuencia, de acuerdo con semejante política; por el otro lado, enfrentar separadamente, nación por nación, la política común que presentan los dueños del capital, de la ciencia y de la técnica. Gobernantes y élites no representan a sus respectivas sociedades ante los organismos internacionales que nos avasallan, sino, a la inversa, representan a estos organismos frente a cada una de nuestras sociedades.

De lo primero, da testimonio el respaldo que los gobiernos y las élites dirigentes de México, Brasil, Argentina y Venezuela – para no mencionar sino a los principales deudores del continente– han ofrecido a cada uno de los planes del Fondo Monetario Internacional y otros organismos de la Banca Mundial. De lo segundo, el fracaso de todas las tentativas en adelantar una política común, una política continental, latinoamericana y del Caribe, frente a las dificultades comunes. Lo único que hay de nacional en nuestras políticas nacionales es el nombre con que se bautiza en cada país la política del F.M.I. y las justificaciones que cada gobierno da de los fracasos en el camino de la integración o, cuando menos, de una política común.

Como ejemplo –y a guisa de conclusión– veamos lo que en nuestra propia casa sucede: aquí se adelanta la política del F.M.I. como una ACCION RENOVADORA PARA RECONVERTIR LA ECONOMIA. El Ministro de Fomento habla frecuentemente de RECONVERSION INDUSTRIAL y cuando fue invitado por la “Asociación Venezolana de Ejecutivos” para que

expusiera sus programas, apenas si pudo afirmar, respecto a su reconversión, “Si bien no hemos sabido explicar en qué consiste el proceso, éste ha resultado muy interesante”⁷. Pero fue enfático respecto a su voluntad de perseverar en una política que hasta él mismo desconoce “Señores, el programa se mantendrá. Seríamos masoquistas si, después de tantos costos en que hemos incurrido, se diera marcha atrás. El programa económico es irreversible”. Maravillosa convicción de que todo se mantendrá, así no sepamos en qué consiste ese todo.

Maravilloso, igualmente, que en cada discurso del presidente, en cada viaje a cualquier capital de América, hable enfáticamente de la necesidad de integración, pero no ha habido hasta ahora una sola respuesta común ante los acreedores, un solo paso real hacia esa integración tan pregonada.

Estas son las coordenadas del mundo en que vivimos: harto poder y claridad frente a nosotros, pusilanimidad y confusión en el seno de nosotros.

⁷ Véase “El Universal”, edición del 22 de febrero, segundo cuerpo.